

UNIVERSIDAD DEL SURESTE
LICENCIATURA EN ENFERMERÍA
GENERAL

ALUMNA: GUTIÉRREZ HERNÁNDEZ CHRISTIANI LISSETH

GRUPO: LEN10SSC0720-A

ASIGNATURA: EL DESARROLO DEL SER HUMANO

DR. MARIANO RAYMUNDO HERNANDEZ HERNÁNDEZ

TRABAJO:
ENSAYO" EL SER HUMANO TIENE TRASCENDENCIA"

Psicólogo:Emmanuel
moscoso

SAN CRISTOBEL DE LAS CASAS CHIAPAS

INTRODUCCIÓN

El ser-trascendente es una temática compleja, fundamentada desde lo teleológico, lo ontológico y lo axiológico de la naturaleza humana. La búsqueda de la trascendencia, es una necesidad natural del ser humano consciente en dejar un legado o unas huellas a ser seguidas. Esta herencia, enseñanza o sendero, permite el perfeccionamiento consciente y libre de su ser-holístico. El hombre sabe que es un ser finito en lo biológico, sin embargo, busca en su integralidad holística el ser trascendente. Su vida personal y eco social, busca su perfeccionamiento trascendente a través de su conciencia, de su dignidad y de su libertad. Lo racional y emocional del ser, se proyecta como una opción de búsqueda del Trascendente y de la trascendencia, para lograr superar así, la finitud de su ser y de su existencia terrena. En cada cultura y creencia, los seres humanos han establecido caminos, reglas y modos de alcanzar la trascendencia. Desde la antropología y la teología, se procederá a realizar un camino particular desde la perspectiva judeocristiana. La vía más natural, se realiza a través de la procreación (trasmisión genotípica y fenotípica); así como, el sentirse protagonista de una historia y la construcción biográfica de su porvenir en momentos y contextos determinados.

EL SER HUMANO TIENDE A LA TRASCENDENCIA

La vida humana tiene su razón de ser en una creación que debe continuarse en todo momento y en todos los seres humanos desde su concepción y más allá de la vida material, y que responde al primigenio impulso creador de su espíritu. Es preciso reconocer que una de las finalidades del ser humano es llegar a descubrir su propia humanidad, para conformar su acción a la de su propia naturaleza, una naturaleza a la vez inmanente y trascendente, por su doble condición material y espíritu.

La noción histórica de humanismo se ubica en el contexto de la cultura renacentista. Existen poderosas razones para pensar así, pero en el fondo es un error histórico y filosófico, porque el renacimiento se nutre del humanismo clásico greco-romano, del cual el cristianismo había abrevado ya su imborrable impronta a través de los Padres de la Iglesia al Renacimiento se le llama humanista por haber colocado al ser humano, con mayor énfasis, en el centro de la reflexión filosófica y de la creación artística. Ello corresponde, ciertamente, al proceso histórico de la separación entre la filosofía y la teología, y a la reflexión sobre el ser humano y el estudio acerca de lo divino.

El humanismo renacentista, sin embargo, es un humanismo que no niega la trascendencia ni siquiera lo hace su hijo el racionalismo cartesiano, quien pone a Dios en el lugar de la no duda, frente a todo lo demás que es sometido al ejercicio racional de la duda metódica. Aun así, la libertad y la inmortalidad del alma quedan dentro de las tesis que no pueden ponerse a discusión.

Existe, por otra parte, un humanismo moderno, de los siglos XIX, XX y XXI, que rompe con todo lo anterior y propone una especie de humanismo materialista, en el que no solamente se rechaza la espiritualidad esencial al ser humano, sino que se preconiza la muerte de Dios y por lo mismo de todas las religiones frente al avance avasallador de la ciencia, como única vía de explicación de la existencia del universo y de la vida humana.

Por la supresión de la religión, y el comunismo es el humanismo mediatizado por la supresión de la propiedad privada. Por contraste, el humanismo integral, el que ha iluminado la vida política de acción Nacional, desde que sus fundadores acudieron al invaluable tesoro de la tradición judeocristiana y de la filosofía greco-romana de la que es tributaria, tiene sus fundamentos en el respecto (en el amor) a la persona humana por su dignidad superior. No se trata de un humanismo materialista, ni de un humanismo espiritualista, tampoco es un humanismo existencialista. Este humanismo, para ser auténtico, debe ser universal, es decir, incluyente es la consecuencia natural de una filosofía que tiene como centro a la persona humana y a su filosofía que tiene como centro a la persona humana y a su eminente dignidad, de tal forma que propone el más absoluto y pleno respeto a todo ser humano, sin distinción de raza, religión, sexo, condición social, edad, nacionalidad.

De hecho, la conciencia de nuestra dignidad humana construye la dignidad social, el respeto (preferible el amor) del otro, tanto por ser otro, es decir, distinto y diferente (porque de cada ser humano no hay más que un solo ejemplar), como por ser semejante en lo único en lo que se puede ser semejante con el otro: en su radical humanidad espiritual y por lo mismo trascendente.

En el ámbito de lo estrictamente humano-material, en su dimensión inmanente, las diferencias entre las personas no deberían hacernos pensar en el respeto por el otro, mucho menos en el amor. De ahí que la discriminación racial y religiosa, la esclavitud, el desprecio por la diferencia sexual (ahora se manifiesta desde cualquier ámbito), la violencia hacia el que piensa distinto, o cree distinto o vive distinto, puede verse como una consecuencia inevitable de la condición humana. La discriminación (del latín discrimen) tiene su origen en el miedo a lo diferente, en la percepción de amenaza o de peligro inminente o permanente a la seguridad e identidad individual o colectiva. Por el contrario, en una visión trascendente de la persona, ella es merecedora del respeto y del amor de los demás seres humanos, simplemente por ser un fin en sí misma, no un medio ni un instrumento de otros.

Pero, ser un fin en sí misma, supone en la persona necesariamente la trascendencia, porque nada inmanente es un fin en sí mismo. Por ser la persona humana espíritu encarnado tiende a trascender, busca su perfección en la plenitud propia de su naturaleza.

En esto consisten realmente los derechos humanos, tan traídos y llevados en el mundo de hoy en el absoluto, primigenio y universal respeto a los demás, por mayores que sean las diferencias que nos separan, en el entendido de que nuestra igualdad radica en nuestra igual dignidad de persona. Terminamos esta reflexión como empezamos: la primera tarea que tiene que cumplir un ser humano para darle sentido real a su vida es recrearse, hacerse él mismo, forjarse una identidad de conformidad con lo que está en su naturaleza, es decir, humanizarse.

“el ser humano decía Píndaro es el único ser que se hace lo que es”. Toda acción humana que ignore al sí mismo y al otro en su misión trascendente, está condenada a la incomprensión de lo humano y, por consecuencia, a la deshumanización de un mundo que necesita, más que nunca, de los valores superiores para hacer posible el tránsito de condiciones menos humanas, a condiciones más humanas de vida personal y social.

CONSECUENCIAS DE UN “HUMANISMO” SIN TRASCENDENCIA.

Los principios abstractos y estériles de un humanismo sin trascendencia no tienen fuerza ni operatividad y tienden a darle al ser humano una respuesta superficial, muy limitada y contraria a la necesidad que todo hombre y toda mujer tienen de darle un sentido a su vida y de descubrir una misión única en su relación con los demás, es decir, en su actuación social. Porque lo que no se hace por respeto (amor). Un humanismo de este género, intrascendente, no es un verdadero humanismo, es, por el contrario, campo fértil para la manipulación ideológica y hace que el ser humano tenga una limitada identidad como persona y, por lo mismo,

desconozca su compromiso con los demás, pero sobre todo el compromiso de hacerse a sí mismo y de ser con el otro

CONSECUENCIAS DE UN HUMANISMO TRASCENDENTE

Este es un humanismo que, inspirado en la tradición judeocristiana y en la cultura grecorromana, permite que el ser humano se desarrolle integralmente. En él caben todos los credos religiosos y todas las visiones políticas, sociales y filosóficas, sin hacer violencia a nadie. Es el lugar natural de la disidencia y de la democracia, porque es el ámbito en el que puede y debe sentirse la presencia de quienes piensan distinto. El bien común es la obra más acabada del humanismo trascendente, porque es la búsqueda de la perfección de cada persona y de cada comunidad, dentro de la natural diversidad. En suma, es el espacio más propicio para el desarrollo integral de la persona humana que es única, irrepetible, trascendente y, por todo ello, fin en sí misma.

CONCLUSIÓN

La comprobada finitud del ser humano que empieza a vivir, pero también a morir desde que nace, obliga a reflexionar al ser humano, consciente de su propia existencia, del mundo que le rodea y de la armonía de los seres y de la naturaleza. De entre todos los seres que conocemos solo el hombre posee esa capacidad reflexiva que le permite darse cuenta de su propia mortalidad y en algún modo entenderla. Es consciente de la fragilidad del mundo, de que este puede ser destruido y la vida animal, vegetal y humana puede perecer, pero de modo especial es consciente de que su propia historia en la materia de que está hecha esta vida termina. Es consciente y autoconsciente. Ahora bien, si la vida no tuviera continuidad en el más allá, este conocimiento del hombre no solo sería doloroso e insoportable, sino absolutamente sin sentido. Que el Universo evolucione hasta el punto de que emerja de él una criatura con tal grado de dominio sobre las cosas que puede captar el hilo inteligente que le permite hacer ciencia sobre el Cosmos, Que ese ser pueda hacer todo y luego descienda al polvo de la muerte para desaparecer y ser olvidado es una absoluta aberración. Es como si el Universo fuese una horrenda inmoralidad, una crueldad. Y si el espíritu humano está diseñado para sentir lo espiritual y producir obras espirituales y para anhelar la eternidad es porque puede alcanzarla. Porque hay un más allá en el que su Creador le espera.